







LA TEJONERA

CHAI EDITORA

Cynan Jones

LA TEJONERA

Traducción de LAURA WITTNER

Jones, Cynan

La Tejonera
/ Cynan Jones.

1a ed. Ciudad Autónoma
de Buenos Aires
Chai Editora, 2021.

148 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de: Laura Wittner
ISBN978-987-47283-9-5

Austria 1840 depto V.
(C1425EGD)
Ciudad de Buenos Aires,
Argentina
www.chaieditora.com

Publicado con una ayuda a la
traducción del Wales Literature
Exchange Translation Award a
través del Arts Council of Wales
National Lottery Funding.



1. Narrativa Galesa.
I. Wittner, Laura, trad. II. Título
CDD823

Título original
THE DIG

Copyright
© CYNAN JONES, 2014

Copyright
© CHAI EDITORA, 2021

Copyright de la traducción
© LAURA WITTNER, 2021

Diseño de tapa/ Diseño gráfico
LAMAS BURGARIOTTI
www.lamasburgariotti.com

Foto de tapa
HENRI PRESTES

Diseño del interior
GONZALO SEGURA

Primera edición
ABRIL DE 2021

ISBN: 978-987-47283-9-5
Hecho el depósito que marca la ley
11.273

Para M.

Estacionó en la entrada y apagó las luces. Era una noche opaca y la camioneta se veía de un color raro y ajeno bajo ese cielo. Durante un rato se quedó sentado adentro, cauteloso.

Era la temporada de nacimiento de los corderos y aquí y allá, por el valle plano y en distintos puntos de los cerros, había luces encendidas. Y aunque visto de lejos parecía tratarse de un trabajo comunitario, sabía que cada una de esas granjas se ocupaba de sus propios procesos, procesos que consistían más o menos en lo mismo, pero que en cada zona iluminada se llevaban a cabo en íntimo aislamiento.

Contempló el paisaje y evocó, en cada mancha de luz, las granjas que aceptaban o desaprobaban eso que él hacía. En sus tiempos había cubierto gran parte del área y en su mente se delinearon, borrosas, las formas de los terrenos, y reapareció el nombre de cada una de las propiedades que conocía, como si estuviera repasando constelaciones. Para él era un momento ambivalente: toda esa gente despierta de noche pero a la vez más ocupada y distraída; demasiado concentrada en lo

suyo y por lo tanto más dispuesta a dejar pasar los ruidos, a atribuírselos al trabajo de los demás. Más dispuesta a desoír el ladrido lejano de los perros.

Era un hombre corpulento y hosco. Cuando por fin bajó, la camioneta se elevó un poco, aliviada, como un chico que por un momento cree que van a pegarle. Su presencia tenía algo nocivo y era como si hasta las cosas inanimadas lo percibieran. De algún modo le temían.

Abrió el baúl y la reja de protección repiqueteó contra el vidrio; sacó la bolsa y dejó caer el tejón. Escupió a su lado, sobre el pavimento sucio.

Los perros le habían arrancado la cara y el hocico ensangrentado colgaba de un hilo de piel, casi como si fuera un animal aparte.

Uf, pensó. Que se encarguen los cuervos.

Lo pateó un poco para ablandarlo. De una patada le arrancó la cabeza, que fue a parar al otro lado del camino. El labio superior estaba contraído, como en un gruñido exagerado; algunos de los dientes estaban aplastados sobre la mandíbula inferior y colgaban, sueltos, en las partes que la pala había quebrado para facilitar la tarea de los perros.

No habían tenido dónde cavar un pozo, de modo que habían atado el tejón a un árbol para que los perros lo atacaran; una de las patas traseras estaba despellejada y tenía un corte profundo.

Esto podría ser un problema, pensó. Podría venderme, pero todo lo demás está bien. Las otras heridas eran disimulables.

La panza del tejón estaba desgarrada donde los perros la habían morisqueado antes de que él lo rematara con la pala.

Messie estuvo bien esta noche, pensó. Bien, persistente.

Las tetas del tejón estaban hinchadas de amamantar y varias de ellas habían sido arrancadas; la piel se pegoteaba con esa mezcla de sangre y leche.

Lástima que no agarramos a las crías, pensó.

Consideró arrancarle la pata.

Uf, no podría, pensó. No podría desprenderla. De pronto le repugnó la idea de volver a tocar al animal. O de tenerle la menor consideración.

La idea de ocultar lo que había hecho de pronto lo irritó y lo agotó. Había pasado la noche despierto y la caminata, el esfuerzo de cavar y la adrenalina lo cansaron, aunque el cansancio se manifestara solamente como una oleada de ira.

Volvió a la camioneta, que se hundió bajo su peso. Se sacó los guantes y los tiró en el asiento de al lado, cubierto de pelos de perro. Avanzó unos metros por el camino y luego giró en redondo, volvió y pasó por encima del tejón. Después giró otra vez y volvió a hacerlo.

Dejó el motor en marcha, se bajó del vehículo y se paró sobre la hembra. El cráneo había quedado destrozado. Miró la pata que sobresalía como por obra de una carnicería premeditada y antinatural.

Putá, le dijo, y se puso a pisotearla una y otra vez hasta que la línea precisa del alambre se borró de la pata en carne viva.

PRIMERA PARTE

EL CABALLO

capítulo uno

El perro se agitó cuando Daniel apareció entre los establos; se levantó tironeando de la cadena; se estiró y bostezó y a la luz de la linterna Daniel vio ese estiramiento perezoso y la luz captó los eslabones.

Atravesó el corral de engorde mientras el ganado masticaba junto al comedero, bajo la luz que rebotaba desde los reflectores, y oyó que el perro se sacudía y volvía a echarse en la cucha, a sus espaldas.

La noche ondeaba de quietud.

Entró al establo de las ovejas. Las hembras descansaban en diversas posiciones y el lugar lucía tranquilo y maternal. Solo se oían animales masticando y la tos ocasional de alguna oveja. Apoyó la linterna, encendió la luz, algunos de los corderos balaron y llegaron ruidos desde la incubadora cuando los huérfanos se entusiasmaron ante la perspectiva de ser alimentados.

Mientras espera que hierva el agua recorre el establo. De las vigas cuelgan CDs, extraños objetos astrales en esa media luz, ya ignorados por

los gorriones y los estorninos a los que se suponía que ahuyentaran. De vez en cuando reflejan alguna luz con una incongruente sensación de navidad y él la recuerda colgándolos, sus otras invenciones espontáneas, como una nena que copia manualidades de la televisión.

Una polilla rara se mete por los deflectores de viento y aletea hacia la lamparita que cuelga sobre la pava, un pedazo flotante de ceniza suelta sobre el filamento blanco, colmillo, papel quemado, alcanzado por las llamas de algún fuego que no se ve ni se siente.

En el corral del fondo una oveja camina despacio, levanta el labio como si fuera un caballo. Es su turno, tiene que quedarse hasta que nazca el cordero, aunque sabe que las Beulah son buenas madres y raramente requieren ayuda. Sabe que le falta poco, ya casi está.

La pava se agita mientras el vapor inunda la luz de la bombita, hace el clic y él prepara la mezcla y mientras deja el jarro sobre un estante para que se enfríe controla las casetas, los corderos cansados, somnolientos y dóciles bajo el calor de sus madres, y saca los baldes con agua, retira con la mano ahuecada los restos de heno y excremento que manchan el agua cromáticamente; y el estruendo del agua que llena los baldes no perturba la suave masticación de las ovejas adormecidas, que yacen como exhaustas después de comer, como repletas. Y en la noche silenciosa siente por un momento, como si algo invisible le rozara la cara, la antigüedad de eso que hace; siente que podría ser un hombre de cualquier época.

Vuelve a mirar a la oveja que camina, se le acerca y ella aprieta los dientes y lo mira con ojos desorbitados y él ve el cordero ubicado de nalgas, el racimito de la cola como un renacuajo dentro del saco, la bolsa obscena que surge de la vulva reluciente de agua oscura.

Acuesta a la oveja de costado y se unta la mano con gel; el rosa quirúrgico se opone, por sintético, a ese proceso natural. Hay una geografía aceptada, familiar y mamífera, como si algo remoto le guiara las manos que recorren el cordero dentro de la oveja, le hiciera comprender cómo está hecha la cría, eso que hace, que podría ser repugnante, para él ameno, de algún modo, el calor, el globo cálido y lípido. La vergüenza es solo visual. Los fluidos y los esfuerzos maternos están más allá de eso, demasiado antiguos para ser vergonzantes, y él comprende que hay en funcionamiento una gran fuerza vital, ecuánime y segura como su instinto.

Empuja hacia adentro al cordero que ya casi emerge, su madre boca abajo, caída entre la paja, mordisqueándola. Trabaja con la mirada perdida, con una fuerza suave, pensando, lejano, disperso. Hay un breve sonido de lluvia. Un mordisqueo tranquilo. Arriba la llovizna sobre el techo de chapa y afuera la succión y el chapoteo de las vacas que se alimentan bajo los reflectores. Y la lluvia cae rápidamente. Un siseo. El siseo de los bebederos que se van llenando.

Encuentra las patas traseras, las pliega mientras cubre con las manos las pezuñas filosas y empieza a extraerlo de la oveja; el latido, el poder de la cintura pélvica y los músculos del parto le muerden la mano. Luego saca al cordero de un tirón fuerte y parejo, le da unas palmadas, le aplasta la piel musgosa para hacerlo respirar, siente la potencia de su latido rápido entre los huesos finos de la cavidad torácica, húmedo todavía en sus manos con la grasa del parto, todas esas cosas de la vida, del semen al moco, babeantes entre los muslos y la bolsa mojada, y relucientes con el aceite de recién nacido: todas esas cosas aguachentas de la vida.

Mira a su alrededor, atrapado entre el bebedero y la cerca, ve el estornino de madera terciada todo cagado en una punta, la inmediatez del olor a

heno, que para él solo puede oler a heno porque no tiene ninguna otra referencia. Siente un cansancio casi demencial, ansía que ella vaya a ayudarlo, tener alguna compañía que lo asista en todo el esfuerzo. Pero ahora el ritmo es ese, así es como se van a organizar los turnos. Tiene la impresión de que su cuerpo funciona a puro aire, y sin embargo sabe que queda una fuerza: una reserva de fuerza; como si pudiera dar más, cansado o no; sabe que la situación es de una urgencia extrema.

Deja que la madre limpie a su cordero, como empapado en un té color tanino, y mientras ella mordisquea la bolsa que lo recubre él maniobra con esa primera gota cremosa obstruida por la grasa en el pezón firme y generoso, ese vital esperma de calostro.

Se reclina hacia atrás, mira el piso y ve una espiga de cebada, seca y vertebral entre la paja como un esqueleto en una egrópila.

Se queda así de rodillas, un hombre antiguo en cierta fase del rezo. Se siente como de roble y una vez más encuentra vahos de energía con los que levantarse y, de algún modo, aturdido, vuelve a ponerse de pie, retoma la tarea, la breve lluvia terminó, afuera la succión y el chapoteo de las vacas que comen bajo la luz.

Por un momento se queda observando cómo el cordero Beulah se pone de pie. Emerge de inmediato su instinto vital, la cabeza rápidamente erguida, el pelaje salpicado, gris y negro, cayendo en rulos flojos, quietos; tiene la vitalidad de la curiosidad instantánea, un interés por el aire, hasta por sus propias patas.

Se inclina a tomar de la canilla, siente el gusto de los caños de plástico que transportan el agua, aunque ella no esté llega a oír su reproche, porque llevó al establo botellas de agua recién llenadas, de la misma fuente pero en la canilla de la cocina.

Ahora piensa en ella dormida, en su necesidad de descansar, piensa en el calor de su cuerpo, en esa especie de nido que podía ser para su propio cansancio. Después anota al cordero nuevo en el cuaderno, deja constancia de que nació de nalgas, pasa las páginas hacia atrás y toca lo que ella escribió, mira el cubo lleno de goteros y aerosoles de los que se ocupa solo ella, como del registro de movimientos, todo el papeleo, los aspectos más minuciosos de la granja.

Observa al Beulah ponerse de pie, interesarse por el aire, lo mira dar sus primeros pasos.

Se incorporó y miró a su alrededor, entendió la curiosa ventriloquía de los sonidos que inquietaban esa tierra; que el aullido de un zorro podía oírse como si viniera del otro lado de la granja, que en esa noche preñil podía aparecer la ilusión de un mar cercano. Se quedó escuchando todo aquello, inmóvil como parecía: el viento que llegaba por sobre los árboles para luego atravesar el ligustro y caer sobre los campos con el ruido lejano de olas que rompen y retroceden. Y era tal el parecido que no pudo estar seguro de que no fuera el sonido de las mareas que llegaba desde la costa y desaparecía por ahí, a pocos kilómetros de distancia.

Dirigió la mirada hacia las ramas desnudas del fresno, volubles y un poco elefantinas, que se elevaban a través de las luces del reflector, casi inmóviles, por lo que el viento parecía muy lejano. Un ruido blanco en la distancia. Un ruido cargado de algún susurro primitivo sobre la permanencia de las grandes cosas.

El sonido parecía tangible y todo lo demás se acallaba. Las ovejas suspiraban y mascaban, las vacas chapoteaban con las patas en el barro. La cadena del perro tintineaba como monedas dentro de algún bolsillo oscuro. Pero el nuevo sonido traía quietud.

Mientras contemplaba la oscuridad cerrada que se extendía más allá del establo, surgió una lechuza delante de los focos, planeó en silencio entre los cobertizos y desapareció, y fue como si dejara su propio fantasma, una blancura inabarcable en el aire.

Entró al cobertizo de las botas, prendió la luz y se sacó la campera vieja, manchada de sangre y fluido vital, la parte interna de las mangas con caca de recién nacido, enharinada de un polvillo de pasto que se había adherido a la lanolina con las maniobras del parto. Se sacó el gorro. Se bajó el cubrepantalón impermeable por encima de las botas, retiró los pies del calzado y pisó el cemento frío, tironeó de los pantalones para desprenderlos de adentro de las medias. Durante el breve segundo en que quedó haciendo equilibrio en una pierna supo que tenía un cansancio demoledor. Incluso ese pequeño movimiento le resultó demasiado.

Corrió las botas del paso y las ubicó al lado de las de ella. Las suyas, de algún modo, parecían protegerlas. Las botas y los pantalones de ella se veían pequeños junto a los suyos, como si un adulto estuviera cruzando la calle con un niño.

Metió los pies en los zapatos sin calzárselos del todo y entró a la casa. Había aplastado tanto la parte de atrás que ya se había amoldado a sus talones.

La vida de esos zapatos había consistido mayormente en recorrer los diez metros que iban del porche al cobertizo de las botas, o tal vez alguna vez habían ido un poco más lejos, hasta el leñero. Los empeines estaban impecables y las suelas apenas gastadas pero los talones habían sido tan aplastados que lucían andrajosos. Al principio eran cómodos y queridos, pero después fueron cayendo en ese desequilibrio frustrante de las cosas que no han sido usadas por completo. La única parte de la que constantemente se abusaba se había rendido, mientras que el

resto resistía; el desgaste de hacer una sola cosa una y otra vez los había vuelto inútiles para cualquier otro propósito.

Sintió bajo la mano el marco de la puerta y frotó la madera gastada mientras se sacaba los zapatos. Hacía mucho que tenía esa necesidad de apoyar las manos sobre las cosas: de sentir las, como si fueran puntos de referencia. El marco de la puerta, la piedra áspera en el rincón del porche, el viejo alféizar de lajas camino a los establos.

Volvió a sentir cómo se había desgastado el marco de madera por el roce de su mano y pensó en ella. Se preguntó si a algunas partes de su cuerpo les habría pasado lo mismo.

Puso a cargar la linterna y entró a la casa.

Miró el reloj. Le pareció notar por primera vez que tenía números romanos. Entendía que ya debía saberlo, pero por un momento quedó fascinado y perturbado por ese nuevo registro.

Puso la pava al fuego. Agarró la vieja taza color beige y se apoyó contra la mesada. De pronto tuvo una percepción extraña del tiempo: no como algo en lo que se vive sino como un elemento que se vuelve ajeno cuando se lo observa, igual que pasa con el propio cuerpo cuando se lo mira demasiado tiempo en el espejo.

Duermo cuatro horas, pensó con remordimiento.

Se desvistió en silencio. Desde ahí llegaba a ver el lugar donde ella dormía, sabía que ahora ya era indespertable. Durante un rato largo se había quedado sentado a la mesa con el té en la mano y cuando finalmente decidió tomarlo estaba frío.

Solo entraba la luz del descanso de las escaleras y en la oscuridad casi pudo distinguir su contorno en la cama.

El cuarto olía a ella y comprendió lo fundamental que le era ese perfume; recordó que nunca había podido entender que ella necesitara su olor, ni siquiera entendía cómo lograba identificarlo debajo de los olores animales, el fenol, el aceite para tractor y los fardos y todas las cosas que él mismo podía oler en sus propias manos. Pensó en los olores como capas que se le acumulaban encima, como pintura sobre un muro de piedra, y volvió a tener esa sensación de agotamiento resiliente. Se preguntó qué olor específico y esencial le encontraría ella; conocía ese poder mamífero por cómo las crías avanzaban ciegamente hacia las tetas de la madre, cómo una oveja embestía a un ternero que no fuera suyo. En la conmoción del parto, todo ese primer reconocimiento procedía del olor. A veces le sacaban el pellejo a un cordero muerto y se lo ponían encima a uno huérfano con la esperanza de que la madre que había perdido a su cordero aceptara a ese otro y lo criara como propio.

Mi olor debe estar debajo de todo, pensó, debe estar bien profundo. No creo que esté en el aire como el de ella; con ella basta estar cerca, se puede entrar en su olor y experimentar químicamente su compañía. Ella para olerme tiene que acercarse. Como con esas cosas que solo pueden olerse si se las toca. Hasta dormida parece olfatearme, como si me inspirara y entonces se moviera y se instalara encima mío. No entiendo cómo a una mujer puede gustarle el cuerpo duro y angular de un hombre.

Cerró suavemente las manos como para calmarles el cansancio. Me pregunto si cuando me toca percibe lo mismo que siento yo cuando la toco. No durante el sexo, que ahora entendía que era algo totalmente diferente de todo lo demás. Me refiero a cuando le toco la piel antes de dormirmos y entiendo todo lo que está debajo. Eso a los animales no

les pasa. No pueden abrazar así a quienes aman y sentirlos más allá de la piel. Eso nunca se gasta, pase lo que pase. Miró hacia donde ella dormía. No puedo imaginar vivir sin eso.

Fue al baño, se lavó los dientes y se dio cuenta, en medio de ese cansancio demoledor, que le sería imposible conciliar el sueño en la cama de modo que volvió a entrar en silencio a la habitación, llevó el reloj abajo y se sentó, aturdido, en el sofá. El fuego se consumía. Sabía que tenía que reavivarlo pero estaba demasiado atontado. Apoyó los codos sobre las rodillas y sostuvo el reloj mientras oía los crujidos y los sonidos metálicos que hacía la chimenea al enfriarse, las últimas brasas cayendo por las rejas del brasero, el tictac rítmico del reloj. Tres horas. Ni siquiera quiso prender la televisión. Fijó la vista en esa catarata vacía y oscura.

Al estar entre animales habían pasado muchas cosas juntos. Ya trabajar en equipo era algo que la mayoría de las parejas no hacía de manera constante, pero el trabajo con animales implicaba pequeñas presiones, insistentes y regulares.

Ella parecía sufrir más con los problemas menores que con los grandes, y a él siempre le sorprendía verla reunir fuerzas para enfrentar las crisis mayores.

Los dos habían crecido en una granja y conocían el oficio, pero lo que los agotaba solía ser la modernización. El papeleo, los registros y los formularios a los que sus padres nunca habían tenido que enfrentarse y que a ellos a veces los confundían y los agobiaban. Había que anotar cada vez que se trasladaba un animal, registrar cada vacuna. Tal vez tenía sentido en esas granjas enormes del otro lado de la frontera, con sus administradores, sus empleados, sus oficinas. Pero para una granja

chica todo ese papeleo significaba un peso abrumador y a ninguno de los dos le resultaba fácil, así que lo sentían como una gran carga.

Se la pasaban pensando en cómo incrementar los ingresos, fantaseaban con convertir los galpones en alojamientos para veraneantes. Pero la idea de compartir la vida durante semanas con esa gente, los autos limpios y caros en el jardín, una familia rubicunda y gritona con su impecable indumentaria de camping... No tenían nada contra esa gente pero ellos pero eran muy distintos y era imposible imaginárselos ahí, al menos por el momento.

Habían pensado en la crianza orgánica pero cuando finalmente empezaron a averiguar en serio el cordero orgánico se vendía apenas un poco más caro que el común, a pesar de que los productos orgánicos costaban mucho más caros en los supermercados. El estrés y los controles extra no valían la pena. De manera que resolvieron seguir los principios en los que creían e ignorar todo lo demás, y vendían lo que podían a nivel local, a través del matadero.

Evaluaron la venta directa o matar ellos mismos los animales, pero tenía que intervenir un veterinario autorizado y sus honorarios eran prohibitivos, y además montar un lugar higiénico como para eso estaba fuera de su alcance; finalmente los animales tenían que pasar por el matadero y quedaban a merced de los precios de mercado.

La venta de vellones iba a pérdida, los esquiladores y el transporte costaban más de lo que rendía la lana; la crianza de ganado bien que mal cubría sus costos. Pensó en convertir la granja en un coto de caza, pero de un lado el paisaje no era tan desafiante y del otro no era tan extenso como para atraer a los cazadores con plata. Consideraron dedicarse a razas especiales, o trabajar con subsidios, incluso con ganado alternativo como búfalo o vicuña, cuyos vellones se vendían carísimos. Pero

en el fondo sabían que ambos eran criadores de ovejas y habían elegido el oficio seguros de que nunca serían otra cosa. Se habían enterrado el uno en el otro y en esa cosa pequeña, modesta y morosa que habían creado, y les bastaba mientras pudieran arreglárselas.

Ahora no podía verlo, el trabajo le borroneaba todo. Ahora solo veía una máquina que había que mantener en funcionamiento para que no se trabara, y a eso se abocaba implacablemente, como si no tuviera más conciencia que las demás partes del artefacto.

Me salteo un turno, pensó. Esta vez ella no va a enterarse. Ahora está todo más tranquilo. Ya casi terminamos y fue una noche más tranquila, ese cordero nada más. Aceptaba los hechos que se iba planteando. Tengo que aguantar un poco más, voy a saltearme solo este. No hace falta que ella se entere.

Puso a ciegas la alarma para las ocho, mareado de cansancio. Por un momento le pareció que sentía el tictac del reloj, como si lo estuviera atravesando. El corazón del cordero latiéndole en las manos. El cuerpo de ella bajo su caricia. Es tiempo y tacto, pensó. Son esas dos cosas. Es porque las percibimos. El impulso de subir y acostarse junto a su cuerpo tibio era insoportable, pero sabía que no lo haría. Pensó en cómo podía sentirla más allá de la piel. Me pregunto si es por eso que todo nos desespera tanto. Es como si estuviéramos tocando algo que ni siquiera se supone que rochemos.

Puso el reloj sobre la mesa, se recostó en el sofá y se envolvió con el acolchado de repuesto. Nunca habían estado tanto tiempo separados. Una vez ella se había ido por diez días a ayudar a su padre cuando estaba enfermo; esta era la segunda vez y no podía aceptar que fuera permanente y que hubieran pasado tres semanas desde su muerte.

Se agachó para revisar y cepillar al caballo y la invadió una rara melancolía por no tener un caballo propio y no haber montado durante años.

Era un día hermoso pero frío, uno de esos falsos comienzos de primavera.

Le cuidaban el caballo a una amiga que pasaba por un momento complicado, estaba divorciándose y no tenía dónde ponerlo, y el caballo acababa de llegar y ni había empezado a mordisquear el pasto.

Era tranquilo pero los caballos son animales excelentes e instintivos y ese parecía haber percibido la inquietud de su dueña y últimamente estaba raro.

Ya casi atardecía pero quedaba una hora de luz, particularmente en un día tan límpido, y cuando entró al terreno el caballo tomaba agua en el estanque.

La mayoría de los caballos de la zona eran percherones, pero este era un Hunter, más alto y más atlético.

Fue caminando hasta el caballo, llamándolo, y empezó a palmearle el flanco; el caballo se sacudió el agua de la cabeza y se alejó del estanque junto con ella.

Más allá, por encima de los árboles, los grajos revoloteaban en congregación y ella los observó graznar y girar mientras cepillaba al caballo. El caballo pareció molestarse y retrocedió unos pasos, ella lo siguió pero se detuvo y miró un rato la granja que estaba a algunos metros y pensó en lo que llevaba adentro. Se sintió espléndidamente traspasada por una sensación de abundancia y felicidad. Y entonces el caballo la pateó.

Fin de la historia. No pensó nada y apenas si notó que el mundo se clausuraba ante sus ojos.

Para cuando él llegó ya tenía muerte cerebral y lo que vio fue solo su cuerpo, que seguía funcionando sistemáticamente.

Tuvo la intención de cargarla los trescientos metros hasta la casa pero después cambió de dirección y la recostó en el establo. Pensó que se enfurcería si la metiera sangrante en la casa.

Cuando llegó el médico la cabeza ya estaba morada por la hemorragia. El casco del caballo la había golpeado con la fuerza de una bola de bowling a ciento treinta kilómetros por hora y le había aplastado el lado derecho del cráneo. En una radiografía se habría visto como yeso roto.

El viejo médico lo convenció de que entraran a la casa y esperaran que llegara la ambulancia para llevarse el cuerpo. Los conocía a los dos desde que eran chicos y sentía mucho dolor y mucha furia ante lo que acababa de pasar. Se quedaron ahí sentados con una pasividad desesperada.

El viejo médico estaba sentado en su escritorio cuando recibió el informe del forense unos días después. En un lenguaje científico vacío explicaba cómo el casco del caballo había fracturado el cráneo y matado el cerebro. Al pie de la página también mencionaba que los estudios de rutina habían revelado que estaba embarazada. El médico luchó largo rato con esa información.

Él no sabía que ella había sentido el cambio en su interior, como si hubiera percibido la colisión de genes y estuviera segura, esa tarde junto al caballo cuando se dio vuelta para mirar el terreno y sintió ese amor imposible por la granja y por su marido y supo lo bien que estaba que pasara algo así. No hace falta que se entere ahora, había decidido, justo

cuando viene la temporada de nacimiento de los corderos. No hace falta que me haga los análisis ahora. Lo sé. Estoy segura. Pero voy a esperar. Cuando se entere va a sobreprotegerme. Mejor después. La calidez de su secreto la hizo sentir infantil.

Después del funeral en la pequeña iglesia que estaba junto a la granja el médico cargó con esa información, luchando por no escupir ese dato venenoso. Como hombre de ciencia hacía mucho que vivía con una firme veneración por los hechos. Eran objetos no emotivos que había que manejar, tan materiales como los escombros en la ruta. Verlo así era la única manera en que podía decirle a alguien que tenía cáncer o un coágulo cerca del cerebro, o que era estéril. Los hechos debían comunicarse. De manera que se acercó a Daniel con esa información y con la necesidad de sacársela de encima.

El médico estaba en el living con la gente mayor; lo atravesó y encontró a Daniel en la cocina donde estaban reunidos casi todos los demás. Ese suave magnetismo de las cocinas. Lo miró. Vio una solidez y una tenacidad que lo preocupó. Había una mirada como de salvajismo, como si estuviera suspendido en un momento de furia y considerara sobre qué descargarla. El viejo médico le dio poca importancia a todo eso.

No hace falta que lo sepa, pensó. No hace falta que cargue con esto. ¿De qué podría servir?

Se alejó de Daniel y se quedó inmóvil con la vista fija en su plato de cartón, aplastó las migas de bizcochuelo con los dedos, se las llevó a la boca y las tragó junto con ese hecho espeluznante.

Es mejor que no lo sepa. ¿Para qué necesitaría esa información?

capítulo dos

Había caído un chaparrón sobre el galpón de los perros pero enseguida había parado. Todavía no aclaraba. Desde la puerta y desde el camino el grandote veía, tierra adentro, esa oscuridad que se diluía y se granulaba aunque seguía teniendo cuerpo, cierta cerrazón que compartía con la lluvia pasajera.

Los perros jugueteaban, se abalanzaban uno encima del otro mientras él levantaba sus comederos. La vieja Messie estaba quieta y distante, de vez en cuando les tiraba un tarascón a los otros perros si se metían a jugar en su espacio.

El hombre la miraba con una especie de veneración, ahí apartada de los demás. Emanaba una autoridad que era difícil de entender en un animal relativamente pequeño; estaba muy orgulloso de haber criado una perra así. Cuando se los llevaron, tras su arresto, había tenido que empezar de cero.

Volcó las galletas para perros, que eran como pedacitos de madera de colores, en los recipientes plateados y los otros perros corrieron a rodearlo. Messie en cambio se acercó al trote a uno de los comederos y los perros le hicieron un lugar. No era agresiva su actitud. Era solamente un predominio natural.

Volcó un poco de agua hervida en la mezcla, revolvió y el vapor enturbió la luz de la única lamparita que iluminaba el galpón. A una altura que los perros no alcanzaban había puesto las últimas ratas que habían cazado. Cada cráneo estaba atravesado por un solo clavo y colgaban como bolsas deformadas y macabras de una viga que pasaba debajo del techo, como si fuera la despensa de un alcaudón gigante.

Apoyó el bol con la mezcla y volvió a mirar a la perra Messie. Dentro de su abrigo enorme el hombre parecía un pájaro inflado. Uf, qué perra especial, pensó. Después tiró el agua sobrante a través de la puerta y vio cómo arrastraba excremento de perro por entre la niebla de vapor que producía a lo largo del cemento.

Daniel se había despertado tarde y durante un rato permaneció acostado, casi aturdido. Por un momento sintió el cuerpo apaleado, como si sus músculos fueran de yeso, como podrían sentirse después del primer día de hacer heno, con la fatiga de un deporte exigido e inusual. Finalmente lo levantó la ligera reprimenda que se dedicó por haberse salteado un turno, y una vez que se hubo incorporado volvió a entrar en el automatismo de la tarea.

De algún modo se negaba a ir al establo por temor a descubrir alguna catástrofe que no habría ocurrido si no se hubiera quedado durmiendo. Un cordero estrangulado con su propio cordón; una oveja joven —con la pelvis demasiado estrecha— boca abajo y desangrándose por dentro, el cordero ahogado dentro de la bolsa, la extraña hernia de bolsa, fisurada y abultándose en el útero, la cabeza del cordero muerto agrandada en los líquidos de un nacimiento fallido. Para todas esas cosas se mentalizó mientras se calzaba las botas y caminaba hacia el establo. Pero todo estaba en orden. Había un corderito nuevo, tembloroso sobre sus cuatro patas y todavía húmedo en las partes donde su madre lo había lamido para limpiarlo. Lo alzó y le roció el cordón umbilical con tintura de yodo, verificó que la oveja tuviera leche y después roció el número sobre el cordero y sobre la oveja.

El viento susurraba entre la mediasombra del establo y de vez en cuando arrojaba una lluvia fina contra la chapa ondulada, que producía ruiditos metálicos y por algún motivo transmitía una sensación de calidez. Había breves aperturas de sol entre las nubes que pasaban a toda velocidad, pero iban y venían, como la risa de un niño lloroso cuando se lo trata de distraer.

Hizo la ronda automática de cambiar el agua de los baldes y controlar los corrales para después juntar fuerzas y limpiar las casillas, sintiendo

que el cuerpo se le aflojaba por el esfuerzo, y por momentos miraba al cordero recién nacido para asegurarse de que estuviera mamando.

Metió el rastrillo en la casilla vacía, sintió el enganche y recogió la paja pisoteada y cagada que se movió en bloque, como un terrón de pasto nauseabundo. Las casillas que no se usaban hacía tiempo estaban bien, la paja salía más liviana y desordenada, el excremento se observaba como un objeto sólido entre las hebras. Pero las que habían estado ocupadas durante más tiempo presentaban diversos niveles de mugre y una pesadez forrajera. Algunas olían a Marmite, otras tenían ese tufo a pis y a enfermedad. Estaba convencido de que podía sentir la enfermedad en el aire como si fuera un hombre del medioevo y confiaba en esa capacidad incluso respecto de su propio cuerpo y del conocimiento de su propia salud. Solamente estoy cansado, se dijo, no estoy enfermo. Si fuera así lo percibiría.

Mientras el viento soplaba entre la mediasombra sintió que los brazos se le iban aflojando y empezó a lanzar el rastrillo para luego recogerlo arrastrando la paja húmeda que tiraba sobre la carretilla hasta que el movimiento se volvió compulsivo y decidió levantar cada hebra suelta del piso oscuro y pedregoso.

Prendió la pava eléctrica, salió del establo con la carretilla, la llevó hasta la pila de paja podrida y la inclinó para vaciarla. Por todo el terreno los cuervos revisaban el estiércol y se llevaban los gusanos. Era raro ese contraste negro junto al blanco radiante de los corderos. Contrastaban incluso en el andar prepotente.

Se quedó ahí parado sosteniendo la carretilla. El ligustro todavía no empezaba a reverdecer. Era como si se estuviera conteniendo. Las ovejas emitían su llamado ritual y los corderos les respondían con balidos y de vez en cuando abandonaban sus juegos para entrar a refregarse

bruscamente, con las colas frenéticas mientras mamaban, y aquí y allá había corderos durmiendo al reparo de sus madres, plegados y gatunos.

Volvió a entrar, preparó la mezcla y alimentó a los huérfanos debajo de la lámpara infrarroja, observando, como cada vez, lo apretada y compacta que era la lana de los corderos, cómo en algunas zonas la piel estaba floja para dar cabida al crecimiento, la fuerza con que succionaban y tomaban.

El suelo de las casillas se había secado un poco y llenó el rociador con hipoclorito y agua, bombeó para darle presión y roció el piso y las paredes; el hipoclorito le ardió en la nariz con ese olor a pileta de natación.

La pileta que recordaba era siempre la de su escuela primaria, cómo no se hablaban cuando iban a nadar aunque los fines de semana jugaran juntos en una u otra granja, la suya o la de los abuelos de ella.

En esa época iban a escuelas diferentes. Ella a la escuela galesa cuando se mudaron al norte y él a la pública que estaba en otro pueblo. Pasaron años hasta que la volvió a ver. Pero la reconoció en el acto. Y lo supo. Los dos lo supieron.

Enjuagó la taza y tiró los restos sobre los charcos que se formaban debajo del portón y el sedimento turbio humeó sobre el barro.

Volvió a poner agua a hervir y sopló de la taza los inevitables rastros de heno, se hizo un café y le volcó un azúcar grumosa y amarillenta directo de la bolsa. Agregó leche en polvo, la miró hincharse como harina mojada y hundirse en la taza, dejando el café de un extraño color vegetal.

Entonces empezó a llover y en pocos minutos oyó que afuera el barril de lluvia rebalsaba. Ahora podía volver a la casa, pero no quería.

Entraban ráfagas de lluvia por encima del portón, formando una mancha húmeda que se expandía sobre el piso del lado de adentro del establo. Ella quería que lo arreglaran, pensó. Tenía razón. El establo recibía los temporales que venían del noroeste y habría sido útil instalar algún tipo de malla o mediasombra que bloqueara ese hueco e impidiera que se filtrara la lluvia. Lo consternaban todas las cosas que no había hecho, todo lo que no había arreglado. Se preguntó si había perdido el tiempo en lugar de haber hecho esas cosas pero no pudo ubicar un momento en que hubiera estado perdiendo el tiempo; después trató de recordar cuáles eran esas cosas que lo habían mantenido tan ocupado y no pudo ubicar muchas, solo el funcionamiento cotidiano de la granja. Era como si el tiempo hubiera pasado demasiado rápido. Es que pasa demasiado rápido, se dijo.

Se sentó sobre los fardos y dejó que su mirada recorriera el establo. Las ovejas buscaban posiciones más cómodas pero no pasaba nada en especial. El cordero nuevo estaba mamando. Se preguntó qué tipo de madre habría sido. Habían hablado del tema, estaban listos. Alejó el pensamiento.

El gato entró para refugiarse de la lluvia, se frotó contra los fardos y se instaló en un rincón. Sintió una tranquila corriente de amor hacia el gato.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Miró al gato, contuvo las lágrimas y sintió que sonreía con desesperación. Dios mío, dijo. Eras tan buena. Era tan bueno tenerte.

El gato se acercó y se sentó a su lado y por un rato se quedaron así, en el acogedor sonido de la lluvia, y la proximidad del gato casi le resultó demasiado.

El grandote metió a los terriers en la camioneta; al ver la motosierra maltratada se calmaron y se volvieron más solidarios entre ellos, a diferencia del comportamiento que asumían si notaban que iban en busca de un tejón, cuando se ponían más individualistas y competitivos.

Cuando llegó, el estanciero salió a recibirlo. Tenía puesta una campera rígida y lustrosa que parecía nueva, como si no hubiera sido usada a la intemperie. Ostentaba cierta superioridad, cierto halo de importancia.

Era una de las fincas más grandes a nivel local y hacía muchos años había sido uno de los establecimientos que formaban parte de la estancia principal. Se notaba que tenía toda una historia por la extensión de los campos y esos grandes robles esparcidos aquí y allá.

Había niebla en esa parte baja del valle y los robles parecían estar cubiertos por un velo, y se oía un parloteo de estorninos sobre la tierra húmeda. Los pájaros casi no se veían. Era ese tipo de neblina flotante que jugueteaba con la distancia de las cosas. En algún lugar del terreno se escuchaban tractores.

Hay dos lugares, dijo el estanciero. Era magistrado y había oído hablar de él en las cacerías. Tenía la mandíbula caída debido a su perpetuo gesto de cinismo, que le daba el aspecto de estar por encima de todo.

El grandote asintió con la cabeza, sacó la motosierra maltratada y empezó a llenarla con combustible. Era hosco y taciturno. Le había puesto demasiado aceite al motor de dos tiempos y el combustible echaba humo.

La hoja de la motosierra estaba salida y le había puesto una manguera de goma al escape. Era un objeto extraño, bastardeado.

El estanciero magistrado lo llevó hasta un granero amplio y moderno. Después del aire húmedo del exterior en el galpón se respiraba un ambiente polvoriento.

El hombre bajó a los terriers atados con una correa y los ubicó entre los fardos de paja. Después encendió la motosierra ahí mismo, apoyada en el piso.

El ruido fue expandiéndose.

Los perros permanecían petrificados pero alertas, sus ojos vigilaban minuciosamente el lugar con movimientos breves y veloces.

Volvió a acelerar la máquina hasta que empezó a echar humo por la manguera de goma. Después con un movimiento extraño rodeó la pila y metió la manguera humeante en los espacios entre fardos.

Las ratas salieron velozmente pero los perros se les abalanzaron. Los perros tenían velocidad de gato. Una vez que atrapaban una rata la sacudían como si quisieran quebrarle el lomo, y eso querían. Aullaban. Los mordiscos parecían incentivarlos.

El ruido en el establo era sólido y terrible. Se oía el estrépito de la motosierra y los aullidos metálicos de los perros. Eso producía un ruido abarcador. El breve y frenético estruendo de la matanza.

Una vez que los perros terminaron los hombres pusieron las ratas una al lado de otra y las contaron. El grandote levantó las que no estaban del todo muertas, se paró sobre sus colas escamosas y les aplastó la cabeza sistemáticamente con una varilla de cerco eléctrico que había sacado de la pared del granero.

El estanciero se sintió un poco asqueado ante semejante brutalidad. Los perros gemían y olfateaban y respiraban con pequeños jadeos veloces y sonoros. El olor a nafta tapaba el olor a paja y el humo acumulado flotaba por el galpón igual que la neblina de afuera.

También está la pila de leña, dijo el estanciero. El estruendo le había dejado un extraño zumbido en los oídos. Ahora sentía disgusto por el grandote pero lo veía como un instrumento. Estaba impresionado y sorprendido de que ese hombre ejerciera semejante disciplina sobre sus perros.

Y hay algo más, dijo el estanciero, con la mandíbula caída como de costumbre. El grandote estaba experimentando con su peso sobre una rata; la pisaba como si tratara de reventarla.

Puedo dar un vistazo, dijo el hombre.

Tejones, dijo el estanciero magistrado.



